

# Letras hispano-americanas

## Un humorista sudamericano

EL Sr. Arturo Cancela, escritor argentino de buen nombre en la Prensa bonaerense, acaba de publicar un volumen de cuentos cortos, bajo el título de *Tres relatos porteños* (1). Es un libro netamente americano, y por su forma y contenido, saludablemente original. Su americanismo resalta en la gran capacidad observadora de su autor. Siempre fué mérito sobresaliente de la novela americana, desde *Inocencia* y *María* hasta *Chanaan* y *Frutos de mi tierra*, la verdad con que en ella está vertido el ambiente dentro del cual se mueven los personajes. Gran virtud es la imaginación e imprescindible compañera del novelista; pero muy ocasionada a tropiezos como no le preste su apoyo una visión directa y minuciosa de las cosas exteriores.

Cuando hablo de la visión minuciosa de los objetos, no quiero dar a entender que sea el Sr. Cancela un descriptor prolijo a la manera de los naturalistas franceses y del lamentado Marcel Proust. El autor de los *Tres relatos porteños* posee más bien la virtud eminentemente artística de sorprender en el hombre o en el paisaje el detalle característico, por medio del cual quedan los personajes o los aspectos de la naturaleza grabados indeleblemente y con adecuada suficiencia en el ánimo del lector. El arte descriptivo no ha de ser una violenta acumulación de detalles, sino un procedimiento de eliminación, en que la pupila del artista conserva sólo lo esencial, el rasgo que ilumina toda una fisonomía, que encarna el significado de un suceso y puede llegar, según la felicidad de la escogencia, a señalar el rumbo de una vida.

Es, además, el Sr. Cancela, un narrador cautivante. Desaparecen su pluma y su persona en los *Tres relatos* como si las arrebatara el torrente cristalino de la narración. Hay recodos en esta corriente, y nos detenemos en ellos con visible complacencia, dándoles gracias a los hados benéficos por habernos puesto en contacto con un talento literario que no tiene la obsesión de lo rectilíneo, ni se ha dejado dominar tampoco por las tiránicas imposiciones de la simetría. El autor desaparece de tal manera, que al lector no le queda la desagradable impresión de que están contándole un cuento, sino la suave conciencia de que lo está inventando él mismo. El eclipse del autor en el libro del Sr. Cancela no es

la mórbida preocupación de Flaubert, de ocultar la personalidad, tentativa frustrada en el autor de *L'éducation sentimentale* o de *Trois contes*, porque el lector percibe el esfuerzo de despersonalización en tamaño temperamento; ni es tampoco la aristocrática y un tanto insincera actitud de Prospero Merimée, cuyo empeño parecía cifrarse en no hacer al público partícipe de los sentimientos más íntimos del autor, esfuerzo inútil también, porque es notorio que en cuanto ponemos la pluma sobre el papel, aunque sea para disfrazar la verdad, a sabiendas estamos entregándole, al que sepa de veras leer, parte más o menos considerable de nuestro ser espiritual. Así dice Brandes en su introducción a la vida de Shakespeare, que un autor se pone todo en sus libros y que si no logramos llegar a conocerlo en su completa florescencia leyendo esa obra, la culpa está en que son limitadas nuestras facultades de interpretación.

Arturo Cancela no podría, aunque lo pretendiese, echar un velo sobre sus propios sentimientos. Me parece que una de las características de su ingenio es una vasta onda de piedad que envuelve a los hombres, a los animales y se extiende generosamente a las cosas inanimadas. Su exhibición de las miserias burocráticas está embellecida por un sentimiento de conmiseración para con las flaquezas de la especie humana. La imbecilidad característica del sabio especialista, género Dr. Herrlin, es objeto de las mismas ternuras que la especie leporídea, contra la cual va armado en guerra un representante de la ciencia europea, producto curioso de un ambiente senil, así como el conejo es el brote de una naturaleza exuberante y generosa.

Esta piedad y simpatía que se advierten en el fondo de la obra de Cancela, le ponen al lado de los escritores humoristas propiamente dichos, de los

que impregnan sus obras con ese preservativo milenario llamado por Höfding el *grande humor* (1). En su análisis del estado de espíritu así designado, el filósofo dinamarqués establece que el *grande humor* no es una disposición de ánimo transitoria, sino el resultado de un concepto general de la existencia. El hombre no es humorista a ratos y ocasionalmente; lo es, si acaso, porque lo lleva en su sangre y en su temperamento. El escritor que es humorista de grande estilo en una de sus obras, deja ver en todas ellas el rastro de esa piadosa manera de contemplar el mundo. El humorismo de Shakespeare es perceptible así en *Hamlet*, en las comedias donde figura Falstaff y en *Lo que tú quieras*, como en sus poemas y sonetos. Cervantes es humorista en el *Quijote* y en las *Novelas Ejemplares*, sin dejar de serlo en *El Viaje del Parnaso* y en los prólogos y dedicatorias a que era tan efecto. Las injurias de Avellaneda no le hacen salir de quicio: a ellas contesta con el sano espíritu del hombre que ha acomodado su vida a una noción general de las cosas. Ni siquiera la emulación que le inspiraban los triunfos de Lope de Vega le hicieron perder la ecuanimidad cuando hacía alusión en sus obras al Fénix de los Ingenios, al «monstruo de la naturaleza».

La burla y el sarcasmo, la sátira intencionada, son el resultado de estados de espíritu transitorios. Los grandes satíricos suelen acabar por ser místicos o historiadores complacientes del despotismo. La misma ironía, más duradera y proveniente de un estado general más arraigado en el alma humana, no corresponde a lo que llama Höfding un *Total soelse*, o en el vocabulario menos preciso de Ribot, una pasión, en contraste con la mera emoción. Por esto no van clasificados los escritores satíricos como Larra, ni los ironistas a la manera de Heine entre los maestros del humorismo. Hay en el sarcasmo de estos escritores algo extremadamente personal, un re-

(1) Harald Höfding, *Den store Humir*. Kjobenhavn, MCMXVI.

## BOTICA ESPAÑOLA

Preparaciones

ASTOR:

ELIXIR ANTIPALÚDICO  
VERMÍFUGO

INYECCIÓN ANTIGONORRÉICA

SAN JOSE

COSTA RICA

(1) Arturo Cancela, *Tres relatos porteños*, Buenos Aires, 1922.